

LAS MEDALLAS OLÍMPICAS A “POSTERIORIS”, OTRA CARA DEL DOPAJE

DrC. Víctor Manuel Cabrera Oliva

vcabrera@infomed.sld.cu

Durante los juegos olímpicos de la antigüedad obtener un premio (la corona de olivo y la Cinta) o en los juegos olímpicos de la era moderna (alcanzar una medalla), fue y ha sido el principal objetivo de los atletas. Los atletas deben emplear la mayor parte de su tiempo entrenándose fuerte, en ocasiones sin las mejores condiciones; haciendo el mayor de los sacrificios, privados muchas veces de la posibilidad de disfrutar de la compañía de sus familiares y amigos.

Cada cuatro años los atletas saben que llega su oportunidad de alcanzar la gloria deportiva, y que si no lo consiguen, es posible no lo logren nunca jamás, pues no son todos los que pueden competir en condiciones óptimas en dos ediciones seguidas de los juegos olímpicos.

Para los atletas resulta un espectáculo muy triste ver como se esfuman sus esfuerzos de tantos años cuando no pueden alcanzar una medalla olímpica. Todos los atletas conocen que es real la posibilidad de perder ante otros competidores, lo cual pueden haberse entrenado de mejor forma. Lo que resulta aún más triste y desalentador para un atleta, es conocer que ha perdido de manera injusta, por dopaje de sus contrarios o por mala decisión de los árbitros.

Cuando los atletas reciben una medalla a posteriori, porque se demostró que sus contrarios compitieron de manera deshonestamente, sienten que han perdido el momento más glorioso para ellos, aquel en el cual suben al podio, reciben su medalla, y ven ondear su bandera y escuchan el himno de su país. Estos son momentos en los cuales se recuerda que valió la pena hacer un enorme sacrificio.

Las medallas a “posteriori” expresan el triunfo de la justicia, pero no reparan el daño que causa el dopaje a la honestidad, la fraternidad, al juego limpio y de manera general a todos los principios del olimpismo.